

Una revista terapéutica

Juan Antonio Rodríguez Sánchez

Historia de la Ciencia. Departamento de Psiquiatría, Psicología Médica, Medicina Legal e Historia de la Ciencia. Universidad de Salamanca (España).

Correspondencia: Juan Antonio Rodríguez Sánchez. Historia de la Ciencia. Facultad de Medicina. C/ Alfonso X El Sabio, s/n. 37007 Salamanca (España).

e-mail: jarshm@usal.es

Recibido el 17 de diciembre de 2014; aceptado el 18 de diciembre de 2014.

El cine puede ser una enfermedad.

Se quejaba con rabia Juanita Narboni, protagonista de la novela homónima de Ángel Vázquez y de la película de Jesús Aguirre que en ella se basó, del daño que nos hace el cine. En su caso era el desastroso efecto que la idea del amor romántico difundida por el celuloide había tenido en su propia vida afectiva. No es necesario recurrir a Lipovetsky para convenir con la Narboni (con Vázquez y con Aguirre) que el cine ha cambiado nuestra percepción del mundo y con ello el mundo mismo. En el amor y en la enfermedad, en la salud y en la pobreza. Para bien y para mal.

El estudiante de una carrera sanitaria –espectador hipermoderno– participa del efecto pantalla y llega a las aulas universitarias con unas expectativas sobre la profesión construidas principalmente a partir de capítulos de series y publicidad televisiva. Pero, usando una frase procedente de esa cultura, la verdad –la realidad– está ahí fuera.

Repensar el cine, deconstruir el audiovisual, cambiar la mirada a la pantalla, es exorcismo y talismán que protege del embrujo de la imagen en movimiento. Pero también es arte que, sin privar del placer de la magia, educa para la vida. Para esa vida en la que salud y enfermedad cuentan con guiones a menudo impredecibles.

Cuando inicié mi andadura como docente no eran tan comunes los foros de innovación pedagógica y nuestra bienintencionada aplicación del cine a los programas formativos era una excentricidad sólo comentada

entre amigos; por no citar las dificultades técnicas que llevaban las más de las veces a una preparación previa de equipos y materiales traídos de casa. Sin embargo, los logros conseguidos con el cine como herramienta didáctica funcionaron como aliciente para persistir en su empleo. Cursos de verano o foros virtuales exploraron nuevos ámbitos, al tiempo que ponían de manifiesto la necesidad de un espacio de comunicación para quienes teníamos (y tenemos) la convicción de que el cine es un excelente recurso docente. La *Revista de Medicina y Cine* vino a satisfacer esa necesidad.

Creo necesario advertir que el proyecto de la *RMC* surge de dos grandes pasiones: la fascinación cinematográfica y la entrega a la educación. Sin ellas, sin esos encomiables vicios de Elías y Enrique García Sánchez, sería imposible comprender cómo, en una época tan adversa como la actual, ha salido adelante y se ha consolidado un proyecto tan ambicioso e innovador. Ambos, con un proselitismo nada sectario, han ido congregando en torno a la *RMC* a un numeroso grupo de cinéfilos. A lo largo de diez años nos han permitido compartir experiencias educativas, incorporar novedosas perspectivas y métodos de análisis, conocer nuevas y viejas películas llenas de posibles aplicaciones... Nos hemos enriquecido con enfoques multidisciplinares y desde sensibilidades que han incorporado a autores de diversas procedencias geográficas no solo nacionales sino también de otros países.

Las enfermedades han constituido un excelente motivo para analizar los múltiples aspectos relacionados con la salud y las respuestas sociales, incluidas las de los profesionales de la salud, para combatir las, y hasta

donde ha sido posible, eliminarlas. La pretensión de transmitir una visión totalizadora entraña una gran complejidad para la que las fuentes documentales siempre han mostrado sus limitaciones. En la historia de la ciencia topamos constantemente con estas interpretaciones parciales. Sorprendentemente, ha sido la mirada del creador, del artista, la que con frecuencia nos ha permitido encarnar emociones muy diversas y aun enfrentadas. Eso nos aporta el cine. Vaya un ejemplo: algunas producciones de finales de la década de los ochenta se han convertido en los mejores testimonios históricos de la crisis del sida. De igual modo, las reconstrucciones históricas en el cine y las numerosas *biopics* ensalzadoras de abnegados padres de la medicina ofrecen un magnífico territorio para reflexionar sobre las funciones de la historia.

Una publicación electrónica como la *RMC* permite contar con información completa sobre cada película y visiones plurales sobre un mismo tema que propicien el debate; también disponer de contenidos audiovisuales (escenas y tráileres) que pueden reutilizarse con eficacia en prácticas, seminarios o aun en clases magistrales. Pero también constituye un soporte esencial para dar a conocer este tipo de investigación y dotar de recursos para la investigación misma. Otro ejemplo: cualquier nuevo proyecto sobre historia de la tuberculosis habrá de recurrir al monográfico que la *RMC* le dedicó con la catalogación de más de 400 películas.

Debo reconocer que mi participación en la *RMC* comenzó con resistencias pues, como a gran parte del profesorado, la cada vez más evaluada investigación me lleva a dosificar el tiempo destinado a poner formalmente por escrito mis experiencias pedagógicas. Me estrené en el volumen 7, cuando Enrique y Elías nos brindaron la posibilidad de un número sobre la experiencia colectiva de la enfermedad que coordinaron Carlos Tabernero y Enrique Perdiguero y recogía nuestra experiencia de 2009 en unas jornadas del Institut Menorquí d'Estudis y de la UIMP en la Escola de Salut Pública. Una experiencia que espero repetir en breve. Pero, ya sea como revisor o miembro del consejo asesor, los vínculos siguen aumentando.

Porque la *RMC* es el núcleo de un programa ambicioso en el que convergen la docencia en grado y posgrado, la formación al profesorado y las redes de investigación. Un proyecto para mejorar en la aplicación del cine a la investigación y sobre todo a la docencia. Es comprensible que, pese a los 120 años de historia del cine, sólo el desarrollo de las TIC en el aula nos haya permitido convertir el audiovisual en un recurso tan accesible como el documento escrito, pero ese desfase ha relegado la formación del profesorado en su uso y hemos tenido que superar nuestro analfabetismo audiovisual de un modo totalmente autodidacta. Aprender para enseñar. Porque para curar al alumnado de los efectos secundarios de las producciones que estereotipan el papel de los profesionales de la salud, recurren a la enfermedad como elemento dramático e invisibilizan la complejidad es preciso enseñar a ver cine y la *Revista de Medicina y Cine* celebra diez años de probada eficacia terapéutica.



Juan Antonio Rodríguez Sánchez es doctor en Medicina y Cirugía por la Universidad de Salamanca. Profesor Titular del Área de Historia de la Ciencia. Sus líneas de investigación se han dirigido a explorar los imprecisos límites entre las prácticas médicas oficiales y las consideradas alternativas, así como los movimientos sociales de los pacientes y las personas con discapacidad. Una parte de su producción científica se encuadra en el campo de las humanidades médicas (literatura y cine).